

XI

¡Es un tesoro esta *Revista Azul!*

Sin más trabajo que el de volver la primera hoja, nos encontramos en este mismo núm. 10 con otra composición poética, ó, mejor dicho, con otra tirada de versos malos, titulada *Abanico Luis XV.*

El autor es un apreciable joven mejicano, José Juan Tablada, que también forma entre los *poetas vivos* del *Libro nacional de lectura.*

La composición de ahora empieza así:

«Bajo las frondas de ideal Versalles...»

Ustedes creen que esto es un verso endecasílabo, naturalmente; porque lo es, y no malo...

Pero el autor no le ha querido hacer endecasílabo, sino de diez sílabas, para lo cual no sirve.

¿Que cómo sé yo que el autor ha querido

que eso sea un verso de diez sílabas?...
¡Toma! Pues porque son de diez sílabas todos los que vienen detrás; razón por la cual éste también se ve forzado á serlo.

¡Y tan forzado!

Como que hay que reducir la palabra *i-de-al* á dos sílabas, pronunciando *i-dal* ó *di-dal*:

«Bajo las frondas—*didal Versalles*
O en los *boscajes*—de algún Trianón,
Entre *floridas*—y *angostas* calles,
Triste y pausada...»

¿No hay más epítetos?...

«*Triste y pausada*—cruza Manón.»

Triste y pausada la heroína, *floridas y angostas* las calles; y los *boscajes* con que termina el primer hemistiquio del segundo verso, asonantes de *Versalles...*

Continuemos:

«Dan á su paso—los *brodequines*
De *altos tacones*—blando oscilar...»

Oscilará el cuerpo, no el paso. Y aun la oscilación del cuerpo no se la darán los *borceguíes* ó *brodequines* de *altos ripios*, digo, de *altos tacones*, que, por el contrario, im-

ponen á quien los usa la necesidad de andar derecho y sin oscilar, para no caerse.

«Dan á su paso—los *brodequines*
De *altos tacones*—*blando* oscilar,
Y su *amplia* falda—de *albos* satines...»

Sería de satín, *albo* ó no *albo*, pero no de satines. ¿En una sola falda iban á entrar varios satines distintos y todos *albos*? ¿Para qué?...

¡Ah! ¡Ya caigo! Para concertar con los *brodequines...*

«Y su *amplia* falda—de *albos* satines
Fru-frus y aromas—deja al pasar.»

Como ustedes ven, la generosidad del autor en materia de adjetivos raya en derroche...

Los satines *albos*, la falda *amplia*, el oscilar *blando*, los tacones *altos...*

Otra estrofito:

«Hacia el estanque—va *taciturna*,
Donde á los rayos—del *áureo* sol...»

No podía menos el sol de ser *áureo...* ó cualquiera otra cosa. Dada la generosidad del autor, ¿cómo le había de dejar sin ningún regalo?

¡Con que no ha querido dejar de llamar *taciturna* á la heroína, y eso que ya la había llamado *triste y pausada!*

«Hacia el estanque—va *taciturna*,
Donde á los rayos—del *áureo* sol
Negros tritones—*vuelcan* su urna...»

¿Tritones, ó interventores?...

¡Mire usted que unos tritones con costumbres electorales!... ¡Volcando la urna como cualquier presidente de mesa!

Es verdad que como el sistema electoral está ya tan desacreditado entre los hombres, puede ser que quiera refugiarse entre los peces...

«Hacia el estanque—va *taciturna*,
Donde á los rayos—del *áureo* sol
Negros tritones—*vuelcan* su urna...»

Negros... es decir, liberales... Naturalmente... Por eso tienen la costumbre de volcar la urna en caso de apuro.

«*Negros* tritones—*vuelcan* su urna
Y *airado* soplan—su caracol.»

¿*Airado* el qué?

Porque para ser los tritones negros, después de volcar la urna, debía decir *airados*.

Y si el *airado* es el caracol, me parece una crueldad lo que hacen con él los pícaros de los interventores electorales, digo, de los tritones...

¡Pobre caracol!

Está *airado* y además le soplan.

Verdad es que otro tanto suelen hacer por acá los tritones, digo, los interventores, con cualquier candidato de oposición... Después que está *airado*, le soplan... el acta.

Fuera de bromas: el caso es que el vate, como había repartido ya tantos epítetos, al llegar al caracol le hizo *airado* para no dejarle *desairado*.

Y sigue:

«En vano un lirio—del vaso *regio*
Prendió en las blondas—de su corsé;
Leyó los versos—de un Florilegio
Y al clavicordio—tocó el minué.»
(¡*Pero qué cosas—¡oh vate egregio!*
Pero qué cosas—nos cuenta usted!)

Y continúa:

«Nada ha calmado su *torva* fiebre...»

Como la fiebre no se ve, no se puede saber si es *torva*. Pero como los vates ven todo lo que se les pone en la cabeza...

«Nada ha calmado su *torva* fiebre:
Ni *blando* paje, ni *fiero* alcón,
Ni la diadema donde el *orfebre*...»
(*Déjame ¡oh vate! que yo celebre*
La palabreja de tu invención.)

Por lo demás, el alcón *fiero*, el paje *blan-*
do y la fiebre *torva*...

—¡Ya se están acabando los llaveritos!—
suele decir un vendedor en la Puerta del
Sol, todo liado en inmensa cadena de lla-
veros.

Así se me figura oírle decir al Sr. Tabla-
da. Ya se están acabando los epítetos... y
le salen epítetos por todas partes...
Continuemos:

«Es que la hiere su *enamorado*...
Y Manón llora su *infel* deslíz...»

Hombre, el deslíz no es *infel*. Es infiel
el que se desliza.

Así como tampoco será su *enamorado* el
que la hiere de esa manera. Será su *amado*,
que no es lo mismo.

«Por eso *triste* se ha *doblegado*
Y palidece la flor de lis...»

Qué flor de lis sea ésta que palidece, no
se llega á saber por lo claro. Acaso el lirio

del vaso regio prendido en las blondas del
corsé... Acaso... Pero la verdad es que no
importa mucho.

Otra estrofa:

«Al *dulce* nido que los espera
Ya no irán juntos, *llenos de amor*,
En *blasonada* y *azul litera*...»
(*¿No era lo mismo de otro color?*)

Lo digo porque *azul litera* es muy duro
de pronunciar con las dos *eles* juntas.

Vamos andando:

«Y ya en la ojiva *llena de esmaltes*
Que orna el escudo *noble y condal*...»

Me parece que con el adjetivo *condal* era
bastante para dar á entender que el escudo
era noble.

Pero no era bastante para llenar el verso.

Y para este mismo fin de llenar el verso
hubo necesidad de *llenar* de esmaltes la
ojiva al comenzar esta misma estrofa, y de
llenar de amor á los novios en la prece-
dente.

Demasiadas llenuras.

Adelante:

«Y Manón sueña... ramajes finos
Tienden *arcadas de pastoral*;

Nunca crearon los gobelinos
En sus tapices *pastora* igual.»

¿Y qué son arcadas de *pastoral*?

Pastoral es la exhortación que el Obispo dirige por escrito á sus diocesanos.

Porque lo perteneciente á pastores de ganados se suele llamar pastoril.

¡Arcadas de *pastoral*!...

Bueno. Vamos con la última estrofa:

«Y en el estanque de tonos *glaucos*.»

¡Aprieta!... Bien decían los latinos: *in cauda venenum*... Lo último lo más malo.

«Y en el estanque de tonos *glaucos*
Se *irisa* el chorro de un caracol...»

¿Pero es de aquel mismo caracol airado al que soplabañ los tritones?

Lo pregunto por curiosidad nada más; de modo que si no me lo dice el autor, me quedo tan tranquilo.

Pero si me lo dijera, le preguntaría también qué chorro es ese que se *irisa*, ó si es que cada caracol tiene precisamente un chorro... ¿Y cómo son los tonos *glaucos*?... Aunque supongo que serán como el *agua glauca* de Ruben?...

«Y en el estanque de tonos *glaucos*
Se *irisa* el chorro de un caracol,
Y Manón sueña bajo los *sáucos*...»

Se dice *sáucos*, ¿estamos?

Pero, en fin, había que poner consonante á *gláucos*, y á no haber dicho en latín que había *paucos*, puede ser que no se hubiera encontrado otro.

Ahora, si me preguntan ustedes que por qué se llama esto *Abanico Luis XV*, tengo que confesar que no lo sé, ni apenas me atrevo á sospecharlo.

Como no sea porque aquel rey de Francia hizo muchísimas bobadas...

Aunque no consta que las hiciera abanicándose ni escribiendo versos.

Del mismo corte que la precedente es la composición del Sr. Tablada que figura en el *Libro nacional de lectura*.

Los coleccionadores advierten al insertarla que el Sr. Tablada pertenece á los *decadentistas*; pero que ellos son eclécticos y admiradores de lo bello; sea cual fuere la forma en que se les presente; vamos, aunque no sea bello...

Como no lo es la *poesía* del Sr. Tablada.

Se titula *Japón*, y está escrita en el mismo metro y con los mismos ripios que la titulada *Abanico Luis XV*, salvo, en cuanto al metro, que en la del *Japón* no son

agudos todos los versos pares, como en la pasada.

Así empieza el *Japón*:

«Aureo espejismo, sueño de opio,
Fuente de todos mis ideales,
Jardín que un raro kaleidoscopio
Borda en mi mente con sus cristales...»

Bordar en la mente... con cristales...
Pues por este estilo es toda la composición. Muchos ripios, muchos versos defectuosos y muchas imágenes extravagantes...
En la tercera estrofa se lee:

«Por tí mi numen renace ahora
Y en mi alma escéptica se derrama...»

Esto no es verso de diez sílabas, ó de dos veces cinco, como los demás de la composición.

Para que suene como tal, hay que descontar la palabra *escéptica* y recitarle así:

«Y en mi alma escépti-case derrama.»

Y dice la estrofa siguiente:

«Tú eres el opio...»

¡Ay! ¡Por Dios! Que es ya el segundo

opio, Sr. Tablada... No nos lo dé usted más.

«Tú eres el opio—que *narcotiza*,
Y al ver que aduermes—todas mis penas,
Mi sangre, *roja sacerdotisa*,
Tus alabanzas—canta en mis venas...»

¡Ave María purísima!

Me parece que ni entre las locuras de Ruben Darío he leído mayor extravagancia que ésta de llamar á la propia sangre sacerdotisa roja...

Y luego hacerla *cantar*... (Las mismas aficiones de Adolfo García, el colombiano, que presentaba cantando á todo el mundo, menos á los pájaros que cantan...) Hacerla cantar á la sacerdotisa roja, dentro de las venas, las alabanzas del Japón...

¡Qué lástima!

Porque este joven también tiene imaginación, como el protegido de D. Juan Valera. ¡Pero la tiene tan desarreglada!...

Como que después de ser inadmisibile la estrambótica imagen de la roja sacerdotisa aun para presentada una sola vez, todavía vuelve sobre ella y la amplifica en la estrofa siguiente:

«¡Canta!...»

Vuelve á insistir en que la sangre canta...

«¡Canta! En sus cauces—corre y se estrella
Mi tumultuosa—*sangre* de Oriente,
Y ese es el canto—de tu *epopeya*...»

El vate no escribe así, sino *epopeya*; pero escribiéndolo bien no es consonante de *estrella*.

Como tampoco lo era *sacerdotisa* de *narcotiza*.

Hay algunas cosas que no aprenden nunca los americanos...

Y lo malo es que son más que algunas...

Otro golpe:

«Surgen los salmos de mis cantares
Cuando tus altas glorias *celebro*,
Y arde en las urnas de tus altares
Fósforo ardiente *de mi cerebro*...»

¿Será verdad?... ¿Habrá habido *trepanación*...?

Entonces ya me lo explico todo... Hasta lo de la *sacerdotisa roja*...

Otro golpe todavía:

«De tus princesas y tus señores
Pasa el cortejo *dorado y rico*,
Y en ese *canto de mil colores*...»

¿Canto rodado?... Porque los otros cantos, los de cantar, no tienen colores sino

para los ojos empecatados de los *decadentistas*.

«De tus princesas y tus señores
Pasa el cortejo *dorado y rico*,
Y en ese *canto de mil colores*
Es una estrofa cada *abanico*...»

¿Al *abanico* volvemos?...

No: basta, basta.